

Hace años, dejando el camino real del academicismo, se lanzaron por las veredas de la investigación y el estudio de las escuelas pictóricas modernas, — libre la imaginación creadora—, un grupo de jóvenes pintores costarricenses; entre ellos tomó lugar preponderante Manuel de la Cruz González.

A Manuel de la Cruz se le reconocen muchas cualidades, todas ellas emanadas de su alto espíritu estético. La savia de su personalidad pictórica es su propia vida en angustiosa superación, colmada por los misterios de la poesía y la maldición del atormentado en lucha continua con el arte y con el medio ambiente, casi siempre sórdido y mezquino para dar campo al preocupado por otras cosas que no sea el bisbiseo aldeano o la alabanza al éxito económico o político.

El paisaje en Manuel de la Cruz es armonioso, equilibrado, con valores y caracteres propios, de ricas gamas de color que reflejan, en el fondo, la tristeza de nuestras campiñas, verdes con monotonía en las épocas de lluvia; o doradas como espigas caídas, bajo los soles del verano, tan fugaz en el trópico. El paisaje es húmedo como la misma tierra nuestra. El pintor lo siente y lo expresa con originales trazos cuyo efecto es de magia y de vigor, no de anemia intelectual o de visión extraña.

Tratándose de la figura humana, Manuel de la Cruz, la boceta sensual, de acentuados rasgos, de fuertes pinceladas que revelan su ser, su sangre. La línea mórbida del lápiz que las forma, es profunda y reveladora de grandes misterios, de abismos tenebrosos que reflejan el carácter del hombre o de la mujer que movió la sensibilidad del artista. Y ha llegado a un conocimiento valioso de la técnica, que su mano docilmente la conduce por la obra de arte, un problema siempre cuya solución busca dolorosamente, alcanzando armonioso equilibrio entre el ritmo, la emoción, dibujo y color. El complejo eterno del hombre creador es la angustia frente a la vida, frente a la tela o el bloque de granito o el papel, donde dejará impresa su obra, en la que se representa, tan desnudamente como el primer hombre sobre la tierra ante la simbólica manzana del paraíso y los desnudos senos de la mujer; comparables su belleza a las líneas del dibujo, a las sugerencias en el paisaje; en fin el problema siempre renovándose de la creación, tratando de sacar de la nada la eterna e imperecedera belleza de la obra de arte.

Manuel de la Cruz no complace a los que evitan herir sus almas o angustiarse ante los problemas humanos. Cada creación suya es un abismo a los ojos del observador inteligente, y sugiere infinidad de cosas y de pequeños detalles que directamente tocan las cuerdas más finas de la emoción. No un complaciente ni un complacido, sino una fuerza que se busca a sí misma en un delirio de creación que conoce la agonía unamunesca de ser hombre y artista.

Dice Emerson, y aquí recuerdo al pintor Max Jiménez, "que ningún cambio de circunstancias tiene acción sobre el carácter", y esto es cierto; el artista en todas las circunstancias de la vida responde como tal, no importa el medio ni el ambiente en que trabaje, ni el silencio que aveces es la peor de las maldiciones que puede caer sobre su obra o sobre su vida de trabajo, moneda con que se pagan los desvelos y el esfuerzo de toda creación.

En Manuel de la Cruz, a pesar del me-

Manuel de la Cruz González y la pintura

(En el Rep. Amer.)

dio, su deseo de superación es manifiesto; a pesar de la indiferencia, su poder creativo no sufre mengua, y esto queda plenamente demostrado frente a su obra pictórica, rica en originalidad.

La libertad en la obra de arte es un reflejo de la íntima libertad del individuo, puesto que sin ésta, no es posible la creación. No es la simple copia del paisaje o de la figura lo que hace la obra de arte, sino la interpretación densa de esos elementos. El artista pone en ellos su ser, su vida, su personalidad íntegra, enhiesto ante su angustia y su emoción.

El artista exige a la obra, y la obra, en reciprocidad, exige al artista y ambas exigencias despiertan en el espectador la sensibilidad, la ira, o le llevan suavemente a la contemplación.

Nos decía Manuel de la Cruz que el arte moderno es un despertador de reacciones violentas que, o llevan al hombre a la admiración, o a la más impetuosa reacción de cólera. En el arte moderno, es decir, clásico, como en la vida misma, el choque de la sensibilidad —no la sensiblería— con el medio, es definitivo; no se produce a medias tintas, sino de una manera cabal, casi con brutalidad. Y así el artista es o no es; lo mediocre, lo insulso, lo vacuo, tienen en el arte lo que pueda tener de vida el humo arrebatado por el viento.

Manuel de la Cruz en su pintura sugiere estas observaciones sobre el problema del arte y la creación. Y es a juicio nuestro este pintor un creador de positiva conciencia dentro



Manuel de la Cruz González

de la vida y no a la orilla del mundo. Vive plenamente su tragedia de artista: cumple, hasta más allá de lo que el ambiente le permite, su misión de línea, de luz y de color.

Hoy Manuel de la Cruz está en Cuba y bajo ese sol antillano y el calor hospitalario de ese pueblo que vibra con una emoción primitiva y clara, su pasión artística se plasmará en poesía de colores.

Arturo ECHEVERRIA LORIA.

San José, Costa Rica, setiembre de 1948.

La fiesta del maíz

(Una tradición folklórica)

(En *El Tiempo*, Bogotá, 8 de agosto de 1948).

Nunca estarán lejanos aquellos tiempos misteriosos de la niñez. Y luminosos, porque aún se levantaba el humo del hogar que presidía el culto de los padres y el gran amor con que ellos vigilaban nuestras vidas.

Qué grato es recordar aquellas audaces huidas al campo, para seguir la faena de los sembradores, rota la tierra que recibía los granos, adivinar el proceso de la germinación, y ver un día que aquellos granos se convertían en pequeñas hojas y ver alzarse la caña arrogante, de donde se desprendían las mazorcas grávidas de maíz, el que cantó en inmortal poema Gutiérrez González, y cuya fiesta tradicional celebra cada año desde este día la ciudad de Sonsón, que nos vió nacer.

Maduras, blandas y lechosas, las mazorcas, los chócolos, se ponían sobre las brazas del fogón, y asadas colmaban los bolsillos del traje escolar, para irlas consumiendo entre una pesada lección de aritmética o una pedante disertación de gramática.

En la mesa el maíz era la arepa, el pan de una raza, todavía con las huellas del asador, tostaditas por de fuera y blandas como el algodón por de dentro, humeantes, de grato sabor, para acompañar las sencillas viandas. Y era la taza de mazamorra, de "claro", más refrescante que licor ninguno y de esponjados granos que se endulzaban con dulce de caña.

Milagros hacía el maíz como hoy que es

su fiesta, para alimentar a un pueblo, como el maná con que Dios salvó al de Moisés.

La "roza" era y es parte misma del hogar, con aquel suave susurro de égloga virgiliana, adonde se acudía en los momentos más alegres de la niñez, para robar las granadas mazorcas, que luego con la complicidad de la cocina y de su dueña, reventaban en pequeño tiroteo, porque tal era la misteriosa virtud del "chócolo" robado.

En la montaña el maíz es la voz de la tierra, el prodigio que brota hasta volverse oro, el oro de los granos amarillos, que maduran en la propia caña y que ofrecen al hombre cuanto éste puede apetecer.

Por eso Gutiérrez González siguió paso a paso la faena, desde ir "buscando en donde comenzar la roza", los menesteres del beneficio, después de la cogienda, el riego de las sembreras, la quema, la defensa del sembrado, todo cuanto cada año se copia en Sonsón con los trajes típicos, siguiendo la costumbre de los peones que van cantando:

*Mi mama se llama arepa,
y mi taita maíz tostao
y un hermanito que tengo
se llama plátano asao.*

Los dioses tutelares defiendan la ciudad materna y den a sus campos el eterno prodigio del rico y sabroso grano.

Rafael JARAMILLO ARANGO.